"Inseguridad": un Yupanqui entre la presencia y la ausencia de Dios

Héctor Roberto Chavero, "don Ata", es reconocido por el público en general como una figura clave de la cultura argentina de proyección internacional, y posiblemente el más grande folklorista de América Latina. Unos pasos más adelante caminan quienes, además de su rol de cantautor y hombre sabio, le reconocen el indudable mérito de su poesía. Más adelante aún nos encontramos quienes, gracias a la posibilidad de adentrarnos en el inmenso acervo de su biblioteca personal y de sus papeles —hoy bajo la cuidada administración de la USAL—, tenemos el privilegio de descubrir en él su rol de filósofo. En efecto, fue un pensador lúcido y original, que a la música y la poesía supo aunar sus intereses por la filosofía, la etnografía, la literatura y los estudios folklóricos, entre otros saberes. En la medida de sus posibilidades, suplió la regularidad de los estudios universitarios por la sistematicidad de sus lecturas filosóficas, lo cual incluyó la asistencia al curso que dictara Manuel García Morente en la Universidad de Tucumán, del cual surgió el célebre libro *Lecciones preliminares de filosofía*.

Sus reflexiones en este sentido no se limitaron tampoco al ámbito político, con el que se lo suele asociar en particular en su juventud; sobrados testimonios en las redes dan cuenta de ello. Ahora bien, en su accionar decididamente filosófico rumbeó hacia distintos horizontes. Uno de ellos fue la indagación acerca de lo sagrado. En repetidas ocasiones, Yupanqui señaló que, cuando alguien le preguntaba si era ateo o creyente, él prefería autodefinirse como "dudante".

> No soy muy creyente; soy un poco como era mi padre. Cuando mi madre decía "yo soy creyente", mi padre la miraba y decía "yo soy dudante" […] Una vez que termine mi duda podré rendirle mi homenaje a Dios, pero mientras tanto permítanme que tenga la duda. (Yupanqui & Parra, 1992, 0:45 – 2:03)

Dicho de otro modo: al menos en lo personal, consideraba que la mejor respuesta que se podía dar a la pregunta por Dios no era ni la afirmación ni la negación, sino la duda. Esto no es un dato menor, ya que representa una novedad dentro del panorama de la tradición occidental. En efecto, hasta la Ilustración, todo cuestionamiento sobre el ser divino se había caracterizado por la pugna entre dos posturas antagónicas: la afirmación o la negación. No existían prácticamente los términos medios. Otro tanto había hecho la teología, relegando la duda a un ámbito marginal, propio de personas de poca fe o estados emocionales transitorios que, aunque comprensibles debido a la fragilidad humana, debían ser superados.

Sin embargo, estas posturas irreductibles ya no son capaces de brindar modos de relación válidos con Dios —como quiera que se lo entienda—, en una época que descree de las afirmaciones tajantes y las negaciones rotundas. Anoticiados de la muerte de Dios por Nietzsche —que más que en el pensamiento se evidenció en los horrores de diverso cuño vividos a lo largo del siglo xx—, atravesados por el "pensamiento débil" del que habla Vattimo, sabedores de nuestra condición de habitantes de un "mundo líquido" como sostiene Bauman, la condición de dudante

que Yupanqui reivindica para sí pareciera ajustarse mucho más al fenómeno religioso contemporáneo que los ateísmos militantes del siglo xx o que la pretensión de una fe sin fisuras que caracterizó al cristianismo hasta la posmodernidad, es decir, la época conocida como "Cristiandad".

Es por eso que nos embarcamos en la exploración de este nuevo paradigma que don Ata propone casi como al pasar. En el transcurso de esta investigación, y luego de haberse concretado la creación de la Cátedra Abierta de Estudios Yupanquianos en la Universidad del Salvador, llegó a nuestras manos un poema inédito, que formaba parte del archivo del Fondo Yupanqui, conservado en la Biblioteca Histórica. Desde el primer momento nos percatamos del inmenso valor del texto, que a sus méritos literarios añade el hecho de confirmar aquel planteo acerca de la imposibilidad de pronunciarse por sí o por no frente a la pregunta sobre Dios. En este caso, sin embargo, la duda yupanquiana toma otro nombre: el poeta prefiere nombrarla como "inseguridad", con las connotaciones que sabemos que este término reviste. En el poema[53], fechado en París en 1971, el autor aborda muchos de los temas que ilustran abiertamente esa cautela referida a las afirmaciones sobre el ser divino. El desarrollo de este planteo, desde ya, excedería no solo el propósito de estas páginas, sino hasta la propia extensión de la revista. Por tal motivo, nos limitaremos a reproducir y glosar el poema, de modo que quede en claro su relevancia en relación con el tema planteado.

INSEGURIDAD

Yo soy hijo de la inseguridad.

Por eso busco la luz.

Para no sucumbir en las tinieblas.

Por eso busco la libertad,

con miedo a muchas cosas.

Pero con una fuerza afirmada

en el instinto de cantar, rezar, y llorar.

Y mirar las cosas del mundo que respiro.

En primer lugar, llama la atención que el yo lírico —es decir, la voz que habla en el poema— se reconozca "hijo de la inseguridad". Es decir, no de la certeza sino de la duda; no de la afirmación ni de la negación, sino de un estado que implica peligro, suspensión del juicio y necesidad de la osadía. Los incas se reconocían hijos del Sol (Inti); Yupanqui, que reivindica para sí la hondura de esa estirpe, se descubre a sí mismo no como hijo de esa luz, sino de un claroscuro de incertidumbre. Esta condición

[53]Ubicación en Biblioteca Histórica: Código: 3.2.1.1:_copia_d097

lo lleva a buscar la claridad y la libertad, a pesar de los miedos, que son numerosos. Para ello, afirma su búsqueda en una pulsión jalonada por tres actitudes primordiales: cantar, es decir, la misión que como poeta justifica su estar en el mundo; rezar, lo cual además de estar vinculado con el canto implica en forma directa el dirigirse a la divinidad esperando respuesta; y llorar, que es la emoción humana básica, el primer grito del ser que llega a la vida. Es desde allí que puede dirigir una mirada hacia el mundo que, más que ámbito geográfico o existencial, es una realidad que lo contiene y que por lo tanto le entra por los poros. Prosigue:

Yo estuve nueve meses en una prisión.

En una sagrada prisión: El vientre de mi madre.

Cuando pronuncio el nombre de Dios

es porque tengo miedo.

Cuando digo Madre, Padre, Hermano,

es porque tengo miedo.

Porque soy hijo de la inseguridad.

Pude ser la rama de un árbol solitario.

Una rama alta y vibrante bajo el sol.

Pude ser una estrella segura de su luz.

Allá lejos. Allá arriba. En una constelación perdida.

En primer lugar, destaquemos un elemento paratextual que podría parecer menor, pero que en realidad no lo es: Yupanqui enumera aquí una serie de afirmaciones, a modo de aforismos, y los separa entre sí por un espacio, lo cual indica que merecen que el lector vaya haciendo pausas, necesarias para un análisis más detenido. En segundo lugar, veamos qué señalan estos versos: por un lado, la exaltación de la madre, coautora del hecho sagrado de la Creación, pero que al mismo tiempo lleva en su seno a un hijo que percibe esa hospitalidad no solo en sus caracteres más amigables y acogedores, sino también como cárcel, muro. Es decir: desde el momento en que el ser humano viene al mundo, se enfrenta con la ambivalencia de la hospitalidad y la hostilidad, que comparten la raíz etimológica que significa "extraño" (*hospes, hostis*).

Dado que le reconoce un carácter sagrado, esto atañe también a lo divino, que se debate entre bondad y oscuridad. Por otro lado, también destacamos la mención a la osadía que representa nombrar a Dios como acto que busca conjurar el temor. Lo mismo ocurre con las palabras "Madre", "Padre" o "Hermano", que escribe en mayúscula en forma deliberada. Esta enunciación se vuelve más intensa en tanto que nace de la inseguridad, la cual a su vez implica la falta de concreción de algunas metas o destinos que quedaron incumplidos: ser rama bajo el sol y estrella segura de su luz, es decir, dos destinos brillantes, pero solitarios y alejados de la tierra. A continuación, afirma:

> Mi coraje no es mío. Es de todos
>
> los que caminan junto a mí.
>
> Desconocidos. Soñadores animados de una temblorosa fé
>
> que dona la poesía.
>
> Porque son como yo, hijos de la inseguridad.
>
> Estremecidos de miedo
>
> en un laberinto de caminos.
>
> Y así voy. Y así marcho…
>
> Dios está conmigo, y a veces me abandona.
>
> Y caigo en la soledad como en un abismo
>
> donde todos los vientos combaten confundidos.
>
> Como pájaros que se olvidaron de cantar.
>
> Como barcos que perdieron su timón.
>
> ¡Ay, destino, mi destino!
>
> Ser camino. Ser la fuerza, y el llanto.
>
> Y el rezo, y el silencio, en una noche
>
> plena de miedos,
>
> porque soy hijo de la inseguridad…!
>
> Paris, 1971

INSEGURIDAD

Yo soy hijo de la inseguridad.
Por eso busco la luz.
Para no sucumbir en las tinieblas.
Por eso busco la libertad,
con miedo a muchas cosas.
Pero con una fuerza afirmada
en el instinto de cantar,rezar,y llorar.
Y mirar las cosas del mundo que respiro.

Yo estuve nueve meses en una prisión.
En una sagrada prisión:El vientre de mi madre.

Cuando pronuncio el nombre de Dios
es porque tengo miedo.
Cuando digo Madre,Padre,Hermano,
es porque tengo miedo.
Porque soy hijo de la inseguridad.

Pude ser la rama de un árbol solitario.
Una rama alta y vibrante bajo el sol.

Pude ser una estrella segura de su luz.
Allá lejos.Arriba.En una constelación perdida.

Mi coraje no es mío.Es de todos
los que caminan junto a mí.
Desconocidos.Soñadores animados de una temblorosa fé
que dona la poesia.
Porque son como yo,hijos de la inseguridad.
Estremecidos de miedo
en un laberinto de caminos.
Y así voy.Y así marcho...
Dios está conmigo,y a veces me abandona.
Y caigo en la soledad como en un abismo
donde todos los vientos combaten confundidos.
Como pájaros que se olvidaron de cantar.
Como barcos que perdieron su timón.
!AY,destino,mi destino!
Ser camino.Ser la fuerza ,y el llanto.
Y el rezo, y el silencio,en una noche
plena de miedos,
porque soy hijo de la inseguridad..!

A. Jufuriquí
Paris - 1971.

En este último tramo, en primer lugar, aparece lo colectivo, que explica el porqué de la renuncia a un destino solitario que expresara en los versos anteriores. Esta identidad colectiva consiste en poner de relieve a sus compañeros de camino, a quienes sin embargo no conoce. Ahora bien: si no los conoce, ¿por qué motivo los nombra y comparte con ellos el reconocimiento de un eventual mérito, como puede ser el coraje? Por una razón de peso: porque son ellos quienes le prestan ese coraje, que se construye en forma plural dado que nace de la poesía, y es ella la que los instruye a todos en la fe que profesan. Pero esa fe no es incólume, sino temblorosa. Es decir, se trata de una actitud vacilante, nacida una vez más de la inseguridad. Aquí volvemos a encontrarnos, entonces, con la condición de dudante, pero tematizada en este caso como incertidumbre.

Pero hay más: esta condición es universal. Todos marchamos de ese modo, a tientas, buscando orientación. Yupanqui, en particular —en rigor, convendría hablar del "yo lírico"—, camina y se reconoce como ser individual en ese peregrinar, que recorre en la presencia pero también en la ausencia de Dios. En efecto, si bien reconoce su cercanía, también se muestra sensible a su falta, a la que califica de "abandono". Desde una concepción objetivante[54] de Dios —es decir, la más extendida—, no se trata de una mera ausencia sino de una intención deliberada por desaparecer y desamparar al inseguro; desde una concepción desobjetivante de Dios, estamos más bien ante la experiencia de la ausencia, matizada por la angustia que señala san Juan de la Cruz en el *Cántico espiritual*: "¿Adónde te escondiste, amado, / y me dejaste con gemido?" Es decir: se lo entienda como se lo entienda, percibe un desamparo que lo empuja al abismo de la soledad, surcado por vientos beligerantes y confundidos. Es el sinsentido de la hora actual, que le recuerda su destino inquebrantable: ser camino, fuerza, llanto, sostenido por la oración y el silencio —es decir, por nombrar a Dios del modo más auténtico—, "en una noche / plena de miedos, / porque soy hijo de la inseguridad…!"

Por último, cabe que nos preguntemos: ¿qué Yupanqui se nos revela en este poema inédito? Desde el punto de vista lingüístico, aun para quienes hemos transitado sus libros, este poema presenta una serie de rasgos difíciles de asimilar. El primero quizás sea el apartamiento de la temática centrada en la tierra o en el hombre. El segundo bien puede ser el lenguaje coloquial, casi urbano. También debemos mencionar las vacilaciones existencialistas del yo lírico que, si bien no son del todo ajenas a su literatura, se muestran aquí con un grado de incertidumbre que no es habitual. Desde el punto de vista filosófico, en cambio, y en particular desde el campo de la filosofía de la religión, estamos ante un Yupanqui que vuelve a apostar por la duda, es decir, por oscilar entre la afirmación de Dios —de un Dios en el que se refugia y al que reza— y la certidumbre experiencial de que, en ocasiones, lo abandona. Una vez más, un

[54]Por "objetivante" entendemos considerar a Dios como un ente, sujeto a una serie de acciones que le reconocemos en forma análoga a la realidad humana: voluntad, condición personal, etc. Esta idea mantiene a Dios como el fundamento de una moral heterónoma. Distinto es el camino de la mística o de una concepción más abierta de la filosofía de la religión, que reconocen la alteridad de Dios, pero también la dificultad de nombrarlo y la necesidad de extrema cautela al utilizar esas categorías mencionadas, que solo en modo análogo pueden atribuirse al Ser Divino.

Yupanqui sorprendente, y que desde el rincón de sus papeles inéditos parece decirnos: "Todavía tengo muchas hilachitas del canto del Viento para compartir; sigamos caminando y se las muestro".

Referencias

Yupanqui, A. (1971) *Inseguridad*. [Manuscrito no publicado].

Yupanqui, A., & Parra, A. (1992) *Preguntitas sobre Dios*, en: https://www.youtube.com/watch?v=dXziqPZ7UnE